

A primera vista parece, que un libro sagrado mirado por los mahometanos con tanto respeto y veneración, y sobre el cual se han hecho por sus adeptos tan exagerados elogios, no permitía comentarios ni interpretaciones; y no obstante, los doctores islamitas se han ocupado en profundizar é ilustrar ciertas cuestiones, constituyendo una teología ficticia sujeta á la discusión y á la controversia, de donde resultaron multitud de sectas, entre otras los Hanifaies ó secta de la razón, los Malecís que obedecen ciegamente la tradición, los Sa-feies, Anbalies, Motazalíes, etc.

Los sectarios de Mahoma en sus rápidas conquistas, hallaron los pueblos en desorden, fatigados y extenuados unos, y otros en completo desconcierto los elementos de gobierno. Nada más fácil que imponer sus creencias bajo la influencia de la destructora cimitarra y del temible yutagán. En aquellas conquistas, que encontraron su término en los campos de Poitiers, los musulmanes faros que había encendido la cristiandad, y puede asegurarse, que hasta que tuvieron un centro de gobierno con una forma determinada y estable en Bagdad, Alejandría y Córdoba, no se acordaron de fomentar y proteger las ciencias. Los adelantos de los persas de nada les sirvieron, ni modificaron siquiera sus costumbres. Se ha dicho que Omar había mandado destruir los restos de la grandiosa biblioteca alejandrina.

Aquellos restos de la ciencia antigua, que para alguno, como el obispo Paulo Osorio, *no eran más que pergaminos inútiles*, mientras que para Draper fueron el fundamento de la *ciencia moderna*, sirvieron para calentar los baños durante seis meses consecutivos.

¿Serían acaso los restos de la biblioteca del Serápeo, que según hemos indicado fué enriquecida con la de Eumenes rey de Pérgamo á petición de Cleopatra, los que sirvieron para calentar los baños?

«Si estos libros, dice el ignorante Califa, están de acuerdo con el Korán, son inútiles; y si no, son malos. Así, pues, que se destruyan.»

Este acontecimiento propalado y difundido por los historiadores de todos los países y creencias, ha sido negado por Ebers, como antes hemos consignado.

Sin embargo, sea de ello lo que quiera, muy pronto olvidó Omar, que el Profeta había dicho: *Todos los males proceden de la ignorancia, y sin embargo, hay un mal peor, el de ignorar uno mismo su ignorancia.*

Al terminar este capítulo rogamos otra vez á nuestros lectores nos dispensen su benevolencia, si nos ocupamos con demasiada extensión de la historia de los musulmanes de España.



CAPÍTULO VII

LOS MUSULMANES EN ESPAÑA Y LA RECONQUISTA

POR LOS CRISTIANOS HASTA SU COMPLETA EXPULSIÓN

Los estudios árabes. — La civilización de los árabes en España suele exagerarse. — Los Omeyyas y los Abbasyes. — Sus odios y destrucción de los Omeyyas. — Abdo-r-Rahmán ben Moáwya funda el califato de Occidente. — Nace el príncipe Hixem. — Abderrahmán I sofoca varias rebeliones y muere; mandó construir la mezquita mayor. — Hixem I. — Al-Hakem I. — Abderrahmán II. — Mohammad I. — Al-Mondhir. — Abdallah. — Abderrahmán III. — Pone el busto en la moneda. — Al-Hakem II. — Hixem II: su memoria. — La sultana Sobeha. — Al-Manzor (el victorioso). — Los negocios de África. — Los ziríes. — Muerte de Al-Manzor. — Sus dos hijos Al-Modaffer y Abderrahmán. — Muere la sultana Sobeha. — Muere Al-Modaffer. — Abderrahmán pretende suceder al joven amir. — Guerra civil. — Muere Abderrahmán. — Mohammad el Meruan y Suleimán. — Hixem II muere para el pueblo. — Al-Wadhíh. — Hixem II sale del escondite y recobra su dignidad. — Mandó matar el Meruan y luego Al-Wadhíh. — Khairán. — Desaparece Hixem II. — Suleimán se apodera de Córdoba. — Los zahugas. — Hixem III. — Gehwar y su hijo. — Desaparece el califato. — Se fundan varios reinos, taifas ó señorios. — Reclaman el auxilio de los Al-Moravies. — Yacuf fundador de Marruecos viene á España cuatro veces. — Los Al-Mohades. — Progreso de los cristianos. — Yakub Al-Manzor. — Batalla de Alarcos. — Batalla de las Navas. — Al-Nasir. — Abén Hud y Al-Hamar. — Se funda el trono de Granada. — Algunas reflexiones. — Comienza la reconquista. — Derrota de Al-Kamah en Covadonga. — Pelayo es aclamado Rey. — Reyes, Condes y Señores que ocuparon los tronos de Asturias, Cataluña, León, Navarra, Castilla y Aragón; hasta que se unieron para formar la unidad Española por el enlace de D.^a Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragón. — El reino de Granada hasta su capitulación por Boabdil. — Opinión del Emperador Carlos V. — Apéndice.



Muy justo será que demos á conocer ahora el pueblo árabe después de sus rápidas conquistas, siquiera sea para presentarlo tal cual era, mirando con desdén esas alabanzas exageradas, esas virtudes muchas veces mistificadas sin otro objeto que rebajar y deprimir á los pueblos que profesan la Religión que propagó el Cristianismo. El señor Draper, á quien refutamos como á otros de su escuela, demuestra cierta predilección y simpatía por las doctrinas del Profeta. Respetamos su entusiasmo.

La afición á los estudios árabes se ha desarrollado, principalmente de unos cincuenta años á esta parte, de una manera pasmosa. Esto nos impone el deber de ser algo más extensos de lo que quisiéramos. Las antiguas crónicas, los códices, las leyendas, los anales, manuscritos desconocidos, inscripciones, libros olvidados, historietas y hasta los cuentos populares, han sido puestos de nuevo en el crisol de la crítica y del severo análisis.

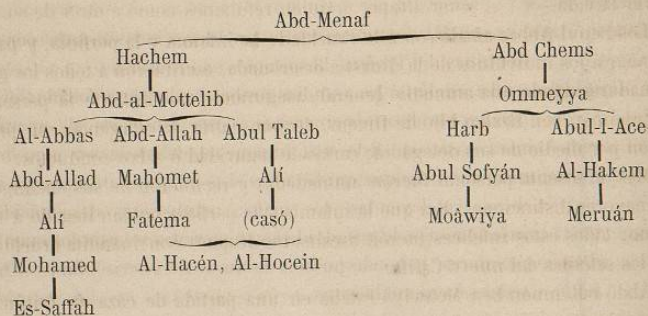
Se pretende levantar á un pueblo que brilló en España durante ocho siglos próximamente, que vive hoy sin aspiraciones, sin gloria, sin artes, sin industria ni manufacturas, sin comercio, y que impasible ve pasar las generaciones sin cuidarse de su suerte futura; ni siquiera

sabe imitar los progresos y adelantos que se realizan todos los días en los pueblos civilizados de Europa y América.

Nuestros arabistas siguen con constancia y laudable propósito, examinando multitud de documentos y añejas leyendas para dar á conocer la civilización que tuvieron los sectarios del islamismo durante su prolongada dominación en España. Civilización muchas veces abultada por el entusiasmo; pero útil y provechosa siempre por la luz que produce para la historia patria. En medio de los portentos y maravillas que se describen y de los adelantos de una raza guerrera y conquistadora, con frecuencia cruzan por nuestra mente los trabajos apócrifos y diabólicos de Miguel de Luna y Alonso del Castillo, las travesuras del P. Juan de Echevarria, los falsos descubrimientos de Medina Conde, Alderete, Patiño, Flores, Vázquez Ciruela y López Madera y otros muchos que fueron falsos ó adulterados; todo, sin contar con los que dió á conocer el ilustrado autor de los *Falsos Cronicones*, mi malogrado amigo el señor Don José Godoy y Alcántara, y otras inocentadas que conocemos ó hemos presenciado.

Y hé aquí otro de los motivos, porque damos á la historia de la dominación sarracena en la península Ibérica, mayor extensión de la que corresponde en un libro de esta índole, haciendo al propio tiempo notar, que la lucha prolongada entre moros y cristianos no produjo *conflicto alguno con la Religión católica y la ciencia experimental*.

Dos familias poderosas y rivales, por cuyas venas corría la misma sangre, debían disputarse en destructora lid la herencia de Mahoma. Tales fueron los Omeyyas y los Abbases descendientes ambos de Abd-Menaf, como se indica por el árbol genealógico que sigue:



La silla del imperio había pasado de Medina á Damasco por la audacia y valor de Moáwiya, hijo de Abul Sofyán enemigo irreconciliable del Profeta. Puesto á la cabeza de los vengadores del asesinato de Otmán y protegido de

Amru, pudo con su espada realizar la elección. Moáwiya hizo el trono hereditario, obligando á Hasán Al-Hocein, hijo de Alí y nieto de Mahoma, renunciar al mundo para pasar el resto de sus días junto al sepulcro de su abuelo. El imperio islamita debía presentar un espectáculo triste y desconsolador; expuesto á continuadas revueltas, á infames traiciones y horrendos asesinatos, terminó con la destrucción de la familia Omeyya para que se entronizara la Abbasye. La bandera negra quedó victoriosa en aquella sangrienta y destructora lid.

La victoria de los Abbases fué el triunfo del Oriente, y los persas que tanto habían contribuido á ella, tuvieron que comenzar la civilización de aquel pueblo despótico, audaz y guerrero. Los últimos sucesos acaecidos á los Omeyyas son de la mayor importancia para la historia de los musulimes españoles, que en verdad, es para nosotros más interesante que otra alguna, si queremos apreciar el origen, persecuciones, trabajos y penalidades de aquel que fundó el califato de Occidente.

Cuando á Meruán ben Mohammad, último califa de los Omeyyas, le derrocaron del trono los Benul-Abbas, muriendo el monarca destronado y remitiendo su cabeza á Abd Allad ben Aly, todos los individuos de aquella familia ilustre, sin atender á sexo, edad ni posición, fueron perseguidos y asesinados do quiera se encontraban.

Aquellos de los Omeyyas que pudieron fugarse, anduvieron errantes hasta que encontraron seguro asilo donde ocultarse entre las tribus árabes. Dos de ellos Ábdó-l-Wáhid ben Çuleimán hijo de Çuleimán ben Ábdó-l-Melic, séptimo califa de la dinastía Omeyya; y Al-Gamir ben Yecid, hijo de Yecid II, noveno califa de la misma estirpe y hermano de Al-Wáhid II, lograron por de pronto salvar la vida.

Los Benul-Abbas añadieron á la crueldad, la infamia y la perfidia, y para engañar á los individuos de la dinastía destronada, escribieron á todos los gobernadores dando una amnistía general, asegurando no obstante la persona de Çuleimán ben Hixem hijo de Hixem, décimo califa, y otorgando con profusión por medio de sus delegados, cartas de seguridad ó salvo-conductos.

Más de sesenta personas fueron amnistiadas y recibieron de sus enemigos las mayores distinciones. Era que la infamia y la perfidia habían llegado á su colmo: todos estos infelices fueron asesinados después con inaudita crueldad por los satélites del nuevo Califa.

Ábdó-r-Rahmén ben Moáwiya estaba en una partida de caza en Zeitún y pudo salvarse, encargando á su hijo Ábo Ayob, que unido con sus tíos, hermanos de Moáwiya, fuesen á reunirse con él.

La ferocidad de Abol Abbas no tenía límites, los infortunados Benú Omeyyas eran degollados ó despedazados á golpe de maza, y la matanza que tuvo

lugar cerca del río Abo Fotrós, vino á completar aquella atroza carnicería. Los que pudieron escapar se dirigieron al África. Habían fijado ya su residencia por varios pueblos los nietos de Meruán I, llamados Chozay ben Ábdó-l-Aziz ben Meruán y Ábdó-l-Melic ben Omar ben Meruán. El gobernador de esta región, Ábdó-r-Rahmén ben Habibán Ali Obaida, de la tribu de Fihir, no opuso resistencia alguna, y los proscriptos pudieron establecerse sin dificultad.

Ábdó-r-Rahmén ben Moáwiya ben Hixem, á quien la Providencia reservaba para sus altos designios, fué uno de los refugiados en este país hospitalario. Al estallar la revolución apenas contaba diez y siete años, y ya tenía un hijo llamado Çuleimán y por sobrenombre Ábo Ayob: estaban instalados en el distrito de Kinnesrín.

«Me hallaba á la sombra de la alquería, cuenta el mismo Abderrahmán, cuando el niño Çuleimán, que tenía unos cuatro años, entró azorado y se arrojó á mis brazos. Estaba yo padeciendo una fuerte irritación de ojos, y sin querer lo separé de mí; pero el niño insistía y manifestaba tener miedo. Entonces sali á la puerta y ví ondear la bandera negra de los Abbasyes; uno de mis hermanos entró diciendo lo que ya sabía. Tomé algunos adinares y acompañado de mi hermano menor salimos, no sin haber dado instrucciones á mis hermanas y encargando que mandasen al criado con lo que pudiera necesitar, en el caso de lograr salvarme.

»Salimos, pues, en unión de Bedr, mi liberto, hasta las orillas del Eufrates, allí encargamos á un hombre que nos comprase caballos; pero el infame nos delató á un jefe Abbasye, que con sus soldados se dirigió á la alquería donde estábamos escondidos. Considerándonos perdidos sin remedio, emprendimos la fuga, nos ocultamos en unos jardines, y como fuésemos también descubiertos procuramos ganarles la delantera hasta llegar al río y nos arrojamos á él.

»Bien gritaban los malvados para que nos volviéramos, continúa Abderrahmán; yo nadaba cuanto podía, y había adelantado á mi hermano; quise á la mitad del río volverme para ayudarle, pero ¡ay Dios! el infeliz al oír aquellas palabras de paz retrocedía temiendo ahogarse. Apenas llegó entre aquellos asesinos le cortaron la cabeza: tenía trece años.

»Emprendimos la marcha hasta Palestina, y allí recibí dineros y alhajas que me trajo Abo Xuchaá; todos reunidos tomamos el camino por sendas ocultas hasta Ifrikiya, donde encontré otros individuos de mi familia.

»El gobernador Ebn Habib sabía por relación de un judío, que cierto individuo de la familia Omeyya llamado Abdo-r-Rahmén estaba predestinado para hacerse dueño de España, y se distinguía por dos rizos de cabellos que le caían sobre la frente.

»Abu Habib había degollado á los dos hijos de Al-Wálid ben Yecid, apoderándose de todas sus riquezas; pero habiéndome avisado convenientemente, abandoné este país acompañado de los míos y nos diseminamos por las comarcas berberiscas.»

Abdo-r-Rahmén marchóse á Bara y vivió en la tribu de Micuesa, pasando muchos apuros y trabajos; luégo se trasladó á la costa hospedándose en Sabra (Çabra) con los de Nefza que eran parientes suyos, y Bedr siempre leal siguió al lado de su amo en todas sus adversidades é infortunios, esperando tiempos mejores y más bonancibles.

Tranquilo vivía Abderrahmán en Sabra unido con los de Nefza, cuando creyó conveniente darse á conocer de los caudillos españoles. Resuelto á salir de la inacción escribió á sus clientes de España, participándoles sus desgracias é infortunios, reclamando los derechos como patrono y el deseo de alcanzar entre ellos una elevada dignidad con su eficaz apoyo. Al propio tiempo pedía noticias acerca las probabilidades de poder alcanzar el imperio de España.

Bedr condujo la carta á su destino; reunió varios jefes para conferenciar y mandaron por Yuçuf ben Bojt, que se hallaba en la división de Kinnesrín (Jaén) y era persona influyente y de la mayor importancia. Todos de común acuerdo convinieron no contestar á la petición hasta que consultaran con As-Somail. Este guerrero estaba encerrado en Zaragoza, sitiada por sus enemigos, y un mensajero buscó un medio ingenioso de introducir varias piedras donde se habían escrito dos versículos, que le anunciaban un pronto socorro.

Abderrahmán había mandado el sello para que escribiesen á los parciales, y con efecto desde el camino lo hicieron á As-Somail, recordándole los beneficios que tenía recibidos de los Benú-Omeyya.

Óbaid-Allah entregó la carta al caudillo que excusó contestar, y después de haberle presentado á Bedr, se dispusieron para regresar á Toledo.

En la primavera siguiente el wacir Yuçuf quiso emprender la campaña contra Aragón, haciendo toda suerte de sacrificios; pero Óbaid con los suyos retardó los preparativos y no pudieron incorporarse al ejército. As-Somail siempre ébrio, había tenido la discreción de guardar el secreto, y preguntándole que resolvía en el negocio de Ebn Moáwiya, contestó, que merecía su aprobación; y respeto de Yuçuf, añadió, «yo procuraré que el calvo dé su hija en matrimonio á Abderrahmán. Si consiente en ello reconoceremos su alto favor, y si rehusa fácil será hundirle la calva con nuestras espadas.» Empero, bien pronto varió de parecer, y manifestó con el mayor desenfado, que su alfange sería el primero que se desenvainaría contra Abderrahmán.

El negocio había adquirido malas condiciones, y en tal estado, los partidarios de los Omeyyas resolvieron, que una comisión marchase con toda urgen-

cia en busca de Abderrahmán, que en Moquila aguardaba con ansiedad el regreso de su liberto. ¡Y cual no fué su alegría, cuando una tarde apercibió el barco que maniobraba para echar el ancla! Bedr fué á nado en busca de su señor y le dió cuenta de su arriesgada misión y del apoyo que había encontrado.

Abderrahmán lleno de majestad y dulzura recibió con marcadas distinciones á la comisión, nombró en seguida á Temam, llamado Abo-Galib, su ministro y acompañado de sus hijos Çuleimán y Abdallah se embarcó sin perder tiempo con los comisionados, navegando con rumbo á la costa granadina. Desembarcaron en Almuñecar, y reunidos con otros muchos parciales se dirigieron á la que sólo era Alquería de Torrox.

La guerra civil entre los caudillos árabes españoles, su separación de la corte de Damasco y la anarquía que dominaba en las diferentes tribus, eran circunstancias especiales que favorecían las pretensiones de Abderrahmán y le abrieron el camino para alcanzar sus ambiciosos deseos, fundando en Occidente un nuevo califato.

Yuçuf, wacir de carácter fogoso, entró con su ejército en Zaragoza, donde cometió varios asesinatos, mal aconsejado por As-Somail; y cuando bullía en su mente la atrevida idea de fundar un nuevo reino, recibió de su esposa la desagradable nueva de haber entrado en España, Ebn Moáwiya, el cual en su primer encuentro había derrotado al gobernador de Al-Bira (Granada).

Alarmado Yuçuf con esta noticia consulta á As-Somail, el cual opinó que debía buscarse al pretendiente, darle batalla y matarlo; otros no obstante propusieron buscar medios más suaves, mandándole una embajada y algunos regalos, pues consideraban que debía hallarse necesitado.

Desde la caída de los Omeyyas la autoridad de los califas de Oriente había decaído en España, hasta quedar del todo extinguida. Los Abbasyes no se ocuparon en sostenerla, y los gobernadores ó wacics considerándose independientes, habían concebido el audaz proyecto de fundar un nuevo reino ó califato.

La presencia de uno de los Omeyyas en España venía á cambiar la situación de los musulmanes, que faltos de una autoridad fija impuesta por la corte de Damasco, habían aumentado entre los walies y sus allegados toda suerte de odios, rivalidades y enemistades. Las sectas entre los musulmanes fueron siempre enemigas pertinaces é irreconciliables, y los disturbios y venganzas personales, dieron mayor fuerza y vigor á las guerras civiles, que indudablemente hubieran concluido muchos siglos antes con el imperio de la media luna en nuestra Península. La reconquista no se habría retardado hasta terminar el siglo quince.

Por otra parte, era un inconveniente de gran monta los enconos propios de un fanatismo intransigente peculiar á dos religiones rivales y enemigas; una que predicaba paz y caridad, y otra guerra, destrucción y muerte. Los musulmanes jamás quisieron aceptar la Religión verdadera; que de aceptarla, de otro modo cambiara su destino; amalgamándose y confundiéndose con los españoles, cuál lo hicieron los godos en anteriores siglos, es innegable que habrían variado los acontecimientos.

La embajada de Yuçuf fué recibida con marcado desagrado, arrojando Otmén al rostro de Jálid, la carta oficial de que era portador y también autor. Aherrojado enseguida se le consideró como un revoltoso, siendo únicamente distinguido en calidad de embajador su compañero Óbaid.

Ebn Moáwiya escribió á todos los distritos y á los berberiscos, y á este llamamiento acudieron los Yemenies, algunos de Kaís y de Tsakif y de otros varios puntos en número escaso. Entonces determinó recorrer los distritos del Yémen, Emeso, Palestina y Jordán hasta la Kora de Sidonia y entraron en Sevilla.

Yuçuf salió al encuentro. Después de varias maniobras y cuando la creciente del Guadalquivir hubo disminuido, los soldados del pretendiente pasaron el río, trábase reñido combate y Abderrahmán queda victorioso. Aprovechando el tiempo se dirige á Córdoba, donde penetra sin dificultad. Yuçuf y As-Somail huyen despavoridos; pero en el camino se reúnen con la caballería aragonesa que acaudillaba el hijo del wali, y juntos se encaminan hácia Toledo. Revuelven enseguida sobre Jaén, y rehecho el ejército dirigen sus operaciones á la Kora de Al-Bira (Granada). Acude Abderrahmán presuroso, celebran varias conferencias y terminan la campaña con el tratado de Armilla, pueblecito situado á media legua de Granada; el monarca reunido con los caudillos al frente de sus ejércitos, regresó á Córdoba.

Yuçuf siempre revoltoso ayudado de otros jefes, levanta el estandarte de la rebelión, y pretende poner sitio á Sevilla; pero el nuevo Califa sálele al encuentro, y cuando trataban de atacar al enemigo, Omar Al-Meruani y su hijo, un lance personal entre un berberisco y el abisinio Abol-Basri, decidió del combate. Los compañeros del abisinio victorioso se lanzaron furiosos sobre sus contrarios y en pocas horas el ejército de Yuçuf quedó desecho para cantar victoria el que capitaneaba el gobernador de Sevilla Omar. Abderrahmán recibió tan halagüeña noticia en Almodóvar, y recompensó con generosidad á los dos caudillos, que desde entonces fueron siempre sus leales y particulares amigos.

Vencidos los rebeldes, Yuçuf huyó hácia los montes de Toledo y fué degollado á cuatro millas antes de alcanzar la gótica ciudad por Abd-Allah. Su hijo

mayor fué descabezado en la cárcel, otro hijo pudo escapar y dió origen á la guerra de Cazlona y al desgraciado As-Somail se le extranguló dentro de su prisión. Así terminó aquella rebelión, que quiso imprudentemente derribar el naciente trono de los Omeyyas en España.

Abderrahmán toma el título de Rey. Al año siguiente (757) la sultana Howara le dió un infante que se llamó Hixem. El monarca tuvo que reprimir y castigar varias sublevaciones.

Los Abbasyes habían trasladado á Bagdad la silla del imperio, y declararon la guerra al Califa de España. Los árabes del Maghreb en poderosa hueste pe-



Corte del califa Abderrahmán I (El Magnánimo).

netraron por tierras de Andalucía capitaneados por el wali de Kairowán El-Elá ben Mugeit. Sale Abderrahmán á campaña acaudillando su ejército y destruye al enemigo. Esta victoria decisiva dió poder al Califa cordobés y solidificó el trono de Occidente.

Abderrahmán quiso hacer de la capital de su imperio una ciudad opulenta, rica y centro de la ilustración musulmímica occidental.

Verdad que la religión del Profeta no se prestaba á semejantes innovaciones, ni el estudio de la historia era entre los musulmanes un ramo de literatura cultivado con sano juicio y recto y severo criterio; así es que aherrojados por un ciego fatalismo, carecían de la libertad tan necesaria en la filosofía como en la crítica. La historia podrá ser para los orientales un relato de placer

ó pasatiempo; pero para nosotros ennoblece el alma, levanta el heroísmo, excita nuestro espíritu y produce tesoros inapreciables para las generaciones presentes y futuras. El nuevo Califa no pudo hacer mas que llamar á la córte á los sabios de todos los países y con especialidad á los cristianos, que meros cronistas primero, sólo supieron escribir para enaltecer el poder real, levantando hasta la adulación y el servilismo las cualidades personales de los amires.



Puerta del Sol en Toledo.

Asegurado el trono cordobés con el nacimiento del príncipe Hixem, que colmaba todos los deseos y aspiraciones del monarca, siempre se le veía con su natural dulzura, afabilidad y gentileza; con cuyas dotes dominaba los ánimos de todos, tratando con igual benevolencia á cristianos y musulmanes. Y cuando los graves negocios del Estado y las frecuentes expediciones por su reino le dejaban algún ocio, se entretenía en cultivar los jardines del palacio, recordando los tiempos venturosos, que en medio de los vaivenes de su juventud había pasado en Siria. Entonces fué cuando plantó la célebre palmera

que vino á sustituir al histórico plátano, que ocho siglos antes plantara en el mismo sitio uno de los más esclarecidos capitanes de las legiones romanas.

Abatida en España la bandera negra de los Abbasyes, el Califa apaciguó varias rebeliones fatimíes, y pensó, con preferencia á otras cosas, en la construcción de la mezquita mayor de Córdoba (hoy Catedral), y en muchas mejoras de pública utilidad.

Abd-el-Ghafy sostenía aún el estandarte rebelde en la Alpujarra y Serranía de Ronda y en las Koras de Al-Bira y de Rayya (Málaga). Encargado de perseguirle Ased-el-Schebani, wali de la primera, que había mandado construir la alcazaba en la parte que constituía la ciudad de Granada sobre la vertiente del cerro donde estuvo la antigua Illiberis,—alcazaba que aun en el día subsiste, si bien en su mayor parte derruida ó transformada en casas de vecinos,—cayó herido de muerte y vino á sucumbir en su querida Granada. Se nombró wali al caballero Abdel-Salem ben Ibraim, que después de los desastres de Sevilla, hirió de un bote de lanza al Ghafy en los campos de Écija. Toledo y Zaragoza entraron en la obediencia del Califa; pero la última faltó á sus juramentos, buscó la protección de Carlos Martell, que con su ejército llegó hasta las puertas de la ciudad. Los jefes zaragozanos olvidando traidoramente lo antes pactado tuvieron cerradas todas las puertas, y Carlos tuvo que retroceder con los suyos para encontrar la sepultura en las gargantas de las montañas de Roncesvalles.

El califato de Córdoba representaba, en verdad, un cuerpo político heterogéneo formado con elementos opuestos y poco avenibles. Así es, que el monarca pasó la mayor parte de su reinado dominando continuadas revueltas, promovidas casi siempre por yemenies, bereberes y sirios. Los cristianos sometidos ó *mozárabes*, también quisieron más de una vez recuperar su independencia y autonomía propia, pero fueron poco afortunados. La palabra *mozárabe* no denotaba que aquellos individuos hubiesen abjurado la religión cristiana, ni mucho menos ninguna clase de apostasía.

Reunidos los walis, gobernadores y altos dignatarios del califato, Abderrahmán I declaró sucesor suyo á Hixem (787) que era el menor de sus hijos. Murió en la ciudad de Mérida á los 39 años de edad: fué llamado con justicia *el Grande, el Magnánimo*.

Su hijo Hixem, que se apellidó el *Bondadoso*, tuvo que reprimir á sus hermanos Abdalla y Çuleimán, y después de la batalla de Bulche, vinieron á un acomodamiento. Hixem publicó la guerra santa, concluyó la mezquita principal y bajó al sepulcro siendo todavía joven. Nombró para que le sucediera á su hijo primogénito Al-Hakem.

Al-Hakem I (Al-Háquem ben Hixem) llamado el *Sabio*, tuvo que sujetar la

rebelión de sus tíos, y á la vez, hacer frente á las huestes de Carlo-Magno, y después de haber declarado á su hijo Abderrahmán por sucesor, murió pasada la atroz matanza que tuvo lugar en los arrabales de Córdoba.



Interior de la Mezquita mayor de Córdoba (hoy Catedral).

Abderrahmán II (Abdo-r-Rahmén ben Al-Háquem), subió al trono con general aplauso, y no obstante tuvo que sujetar á su hijo Abdalla. Llevó sus conquistas hasta Urgel (Cataluña), y se vió en la necesidad de reunir á muchos

obispos suplicándoles mandasen moderar el celo y fervor de los cristianos. Nombró para que le sucediese á Mohammad, uno de sus cuarenta y cinco hijos.

Mohammad I (Mohammad ben Abdo-r-Rahmén) tuvo varias alternativas durante su califato. Rechazó á los magioges, que eran unos piratas que desembarcaron en las costas andaluzas. Persiguió á Hafsum que de jefe de bandoleros se elevó á caudillo, y murió repentinamente en Córdoba, habiendo dejado por sucesor á su hijo Al-Mondhir. Fué poeta y tuvo extensos conocimientos en las ciencias exactas.

Al-Mondhir (Al-Mondzir ben Mohammad), era valiente y guerrero, muriendo atravesado por las lanzas de sus enemigos encerrados en el castillo de Huet, cuando se hallaba al frente de su escolta. Había reinado sólo dos años.

Parecía que al comienzo de cada reinado, se jugaba la suerte del califato al azar de una batalla. Á la muerte de Al-Mondhir, el Gran Consejo proclamó á su hermano Abdallah (Abd-Allah ben Mohammad). Los hijos de Hafsum sostenían con audacia la guerra civil, y los tíos del rey aumentaron con sus rebeliones los conflictos. Empero la toma de Mérida, la prisión del walí de Lisboa, la derrota de Sawar (Sawar Al-Caís ben Hamdún) en Medina Al-Bira, que en la Alpujarra había tomado el título de rey, la atroz matanza en los llanos de Granada de las tropas de Said ben Chude, que había sustituido á Sawar, no fueron bastantes para dar la paz á aquellos pueblos. Mohammad ben Abdallah-hif, llamado Azomor, que reemplazó á Said, refugióse en las asperezas de Sierra-Nevada y de la Alpujarra que es una de sus dependencias. Al-Kasín, tío del monarca, continuaba aún sus correrías, hasta que el Califa dejó de existir frente los muros de Zamora, habiendo nombrado por sucesor á su nieto Abderrahmán, que había mandado educar con especial esmero. Abdallah después de un reinado de 50 años, siempre agitado y turbulento, hizo varias conquistas en África, y reunió en su corte á los hombres más eminentes y distinguidos de su época. Entre ellos debemos mencionar á Muça-ben Hodair Al-Háchib, Abdol-Hámid ben Baçid, Abdo-l-Melic ben Chawar, Ismail ben Bedr, Ebn Abí Ica el Kadhi (Kadhi de Elvira y gran poeta), Al-Mondzir ben Caid, poeta y orador distinguido, Ica ben Fotaís que descollaba entre todos por su singular elocuencia (920).

Abderrahmán III, llamado el *hijo del Mactul*, ó hijo del asesinado, estaba protegido de su tío Al-Mudafar que lo quería con la mayor ternura. Fué el primero de los amires de Córdoba que tomó oficialmente el nombre de Califa. El pueblo le apellidó *Al-Mumenín*, que significa *Príncipe de los fieles*. En la primera campaña que emprendió pudo vencer á los rebeldes acaudillados por Omar ben Hafsum. Puso el busto en la moneda. Salió de nuevo á campaña y derrotó á Azomor que se había refugiado en Alhama, y cansado de la vida del

campamento vino á descansar en Granada (que ya era conocida generalmente con este nombre) en los poéticos cármenes (casas de recreo) de las orillas del Dauro y del Genil. Rindió á Toledo, derrotó las huestes de Hafsum compuestas de muslimes y cristianos y protegió á los idrisíes del Maghreb proclamándose rey de Fez. Enriqueció notablemente el fantástico palacio de Medina Azahra, y luégo ganó la batalla que le hizo dueño de la ciudad de Zamora con su triple muralla. Durante este reinado tomaron gran desarrollo todas las ciudades del imperio cordobés, y recibió á los enviados de Grecia. Sin embargo, estas grandezas y prosperidades no le rebajan la nota de amir intolerante, sacrificando alguna vez á muchos cristianos. Empero no puede negarse que bajo su reinado todos los ramos del saber humano fueron protegidos con largueza, dejando á su muerte por sucesor á su hijo Al-Hakem: cuando bajó al sepulcro tenía 64 años.

Al-Hakem II (Abul-Abbas-el-Hakem), se le designó con el nombre de *Amir-el-Mumenín*. El reinado del anterior monarca se ha llamado el *siglo de oro* de las letras andaluzas. El hijo Al-Hakem continuó la política de su padre, protegiendo las letras y las ciencias. Algunos reveses sufridos en campañas emprendidas tal vez sin meditación, le obligaron á organizar un ejército respetable que puso á las órdenes del valiente y entendido Ghaleb. Las victorias alcanzadas tanto en España como en el Maghreb, demostraron al amir cuán acertada había sido la elección. Todos los conocimientos de las ciencias fueron protegidos con esplendidez durante este amirato, y se asegura que la Biblioteca del palacio Meruán llegó á reunir la respetable suma de 600,000 volúmenes manuscritos. Murió á los 73 años, dejando por heredero á su hijo único Hixem II.

Contaba Hixem II (Hicham-el-Mowaïed) solos diez años cuando fué elevado al solio de los Omeyyas. Era de constitución débil y recibía una educación afeeminada.

La sultana Sobeiha ó Sobehya madre del joven monarca, encargó el gobierno del reino á su secretario Mohammad nombrándole primer Hagib ó ministro; tan célebre en las crónicas con el sobrenombre de *Al-Manzor*, que quiere decir *el victorioso*.

Mohammad ben Abd-Allad ben Abí-Amer (Al-Almanzor), amparado por la sultana que le dispensaba sus favores, dotado de espíritu guerrero, amante de las grandes empresas y ambicioso de gloria póstuma, sólo pensó en el bien general, enalteciendo su nombre y protegiendo atrevidas expediciones.

Los negocios de África presentaban mal aspecto. Boloquin ben Ziri, gobernador de la Ifrikiya, obligó á los príncipes zenatas á ponerse al amparo de las murallas de Ceuta; Mohammad ben Al-Kheir buscó la protección de Al-Manzor, el cual puso un cuerpo de ejército á las órdenes de Djáfer ben Alí: era

tal el entusiasmo entre aquellos soldados, que faltando buques para el transporte, muchos querían atravesar el Estrecho á nado.

Á la altura de Tetuán, retrocede Boloquín exclamando al ver el ejército enemigo: «Ved ahí un áspid que nos amenaza con su boca.» El ministro español, Al-Manzor, sólo quiso conservar la plaza de Ceuta.

Después de la derrota de Al-Hacén ben Kennún, que en el Cairo había sido favorecido por Al-Aziz, hijo de Al-Moëzz, Al-Manzor recorrió las fronteras del imperio, llegando á dominar el condado de Castilla, de Salamanca, de Leon y de Zamora.

En el Maghreb se habían hecho importantes conquistas. Ziri ben Atía fué llamado por el ministro á Córdoba, donde le colmaron de honores y distinciones; quedando su hijo Al-Moëzz en calidad de lugarteniente. Igual invitación recibió el competidor de Ziri, llamado Yeddu ben Yala, quien dió una contestación poco conveniente, llena de insultos y amenazas. Y como no se obtuviera ningún resultado favorable, á pesar de la protección que á Ziri se dispensara, Al-Manzor autorizó á este caudillo para que arreglase los negocios de tan extenso país.

Los fatimíes capitaneados por Yeddu y por Beni Yfrén sostenían la bandera negra, insignia de los Abbasyes; pero la defección de Abu-l-Behar, hijo de Ziri ben Menad, acompañado de otros guerreros, cambió el aspecto de las cosas, y los Omeyyas vieron sometido á su autoridad el Maghreb central desde Zab á Orán.

Después de haber derrotado á los rebeldes que de nuevo se sublevaron, Ziri ben Atía recibió, en premio de su fidelidad á los Omeyyas españoles, el gobierno de todo el país.

El valiente Al-Manzor había vencido al conde Borrell é hizo prisionero al rey Don García, que murió de las heridas.

Empero Ziri en África cansado de su fidelidad, tomó las armas contra los musulmanes españoles. Vadeh recibió el encargo de castigarle, pero no logró su objeto. Entonces Al-Manzor mandó á su hijo Abd-el-Melek-al-Modaffer, el cual puesto al frente de las tropas alcanzó en las orillas del río Mena una completa victoria: á ello contribuyó probablemente la alevosía de un criado de Ziri, que traidor y vengativo le hirió con tres botes de lanza.

Ziri herido y rodeado de su familia marchóse al desierto, y Al-Modaffer, dueño del campo, quedó encargado del gobierno del Maghreb. Restablecido el orden, arreglada la administración y nombrados los oficiales de los departamentos, regresó á España cargado de laureles.

Al poco tiempo murió Ziri ben Atía, y fué reconocido como jefe su hijo Al-Moëzz. En la batalla de Calatañazor en España, halló también su tumba el va-

liente Al-Manzor, hasta entonces tan afortunado, después de una completa derrota; tal vez la primera que sufriera en su larga carrera de político y conquistador. No cuidando de las heridas y arrancándose los vendajes, murió en Medinaceli en brazos de sus amigos y compañeros; tenía 63 años.

Siempre hemos creído que Draper era un entusiasta admirador de Mahoma y su doctrina y gran partidario del arabismo. Por esta razón hacemos algunas indicaciones acerca la historia de los islamitas en España. El gran Al-Manzor puesto al frente del partido llamado ortodoxo musulmán durante la larga memoria de Hixem II, sostuvo el poder absoluto, y oscureció las glorias científicas y literarias del último Califa. Desde entonces comienza la decadencia de los árabes andaluces, que les condujo á la anarquía para destruir la riqueza, la ciencia y el esplendor del califato de Occidente.

Era Al-Manzor ben Abi-Amer, sabio, político y guerrero; ha sido quizá el único favorito que ha consagrado su omnipotencia y su valer al bien general, ejerciendo con sumo desinterés todos los actos de liberalidad y filantropía en pro de los pueblos puestos á su cuidado.

La sultana Sobehya murió también en aquellos días. Hixem II quedó bajo la custodia de Al-Modaffer, que tomó la dignidad de Hagib. Al-Moëzz ben Ziri ben Atía fué nombrado gobernador del Maghreb, y al poco tiempo Al-Modaffer bajó al sepulcro á consecuencia de una grave enfermedad.

Le reemplazó su hermano Abderrahmán, hijo segundo de Al-Manzor, que atrevido y presuntuoso soñó que podría ser el sucesor de Hixem II. La guerra civil era inevitable, el meruán Mohammad Abdel-giabar se puso al frente de la rebelión, los beligerantes se acometieron con furor, y el pretendido heredero fué tan desgraciado en la lucha, que murió en cruz á manos del verdugo cual si fuera un villano. La anarquía imperaba por todas partes, y en África cada jefe quiso declararse independiente. Eunucos, esclavos, americs, africanos y aristócratas andaluces, se disputaban el poder. Sus rivalidades no conocieron límites, sus odios fueron inextinguibles, se aborrecían de muerte y sólo deseaban su recíproca destrucción. Unos eran españoles y otros advenedizos.

Mohammad el meruán se hizo nombrar hagib, concibió el infame proyecto de deshacerse del monarca, y por indicación y consejo de Wadhil el esclavo, lo encerró donde nadie pudiera saber de él: Hixem II había muerto para el pueblo, que vió con asombro celebrar los funerales con regia pompa.

Mohammad II (el meruán) pertenecía á la familia de los Omeyyas. Los africanos descontentos de la elección se sublevaron, colocándose á su frente un Hixem que se llamó también Suleimán, el cual á la primera refriega cayó prisionero y fué decapitado de orden del Califa intruso.

Los africanos toman por jefe á Suleimán ben Al-Kakem, que se hizo llamar

Al-Mostain, quien auxiliado de los cristianos derrotó Al-Wádhih y luego al mismo Mohammad en la batalla de *Kantisch*. Suleimán ben Al-Kakem entró en Córdoba victorioso. Los africanos habían triunfado. Los pueblos de la Kora de Rayya (Málaga) comenzaron á dar señales de insubordinación.

Al-Wádhih, siguiendo las huellas del africano, celebró alianza con los condes de Urgel y Barcelona, y reunidas las huestes dieron la famosa batalla de Achat-Albacar, en la que el califa Suleimán colocado á retaguardia y advertido del movimiento estratégico, huyó despavorido: después de esta derrota se retiraron á Medina Azahra. Y cuando con el resto de las tropas marchaba hacia Estepona, tal vez á embarcarse para África, fueron alcanzados por los soldados de Mohammad, y trabóse de nuevo sangriento combate, donde el vencido de ayer es el afortunado de hoy: los africanos tomaron la ofensiva.

Hixem II sale de su escondite ayudado de Al-Wádhih, que después de la derrota de Estepona, unido con Mohammad y los restos del ejército se encerraron en Córdoba.

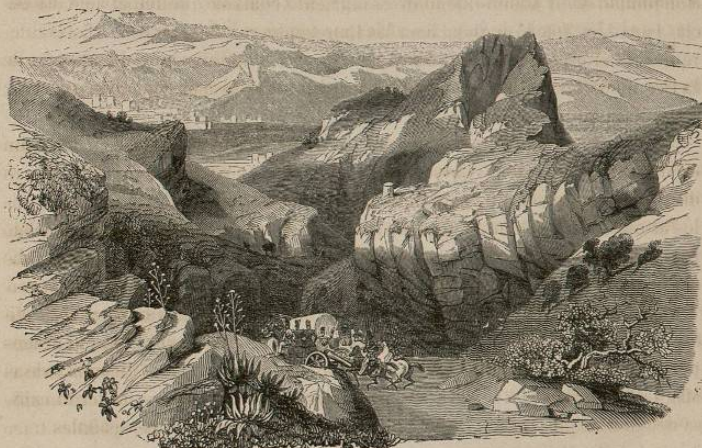
El monarca recobra por pocos momentos su perdida dignidad, y Mohammad (el meruán) muere á manos de los eunucos. Al-Wádhih toma á Toledo, y muere también de orden de Hixem: Khairán es nombrado hajib.

Los africanos renuevan sus ataques y Suleimán se apodera de Córdoba. Khairán, restablecido de sus heridas, celebró en Almuñecar (Granada) una coalición con Ali, señor de Ceuta, y su hermano Al-Kasín que lo era de Algeciras, con el objeto de socorrer y amparar el trono del legítimo monarca Hixem II. Desde este momento desaparece el califa de la escena ignorándose cuál sería el desenlace. Suleimán fué proclamado en Córdoba como Califa, y los africanos avasallaron á los árabes. La historia de los primeros conquistadores ha terminado, y comienza la que corresponde y es sólo peculiar de los moros españoles.

Los *Zanhagas* ó *Zanag* era una tribu berebere que ejerció una influencia poderosa en la suerte del Maghreb. Descendía de Sanhadj, el cual tenía otros tres hermanos de madre, que se llamaban *los hijos de Tiski*. Esta tribu se dividía en setenta ramas.

La guerra civil dieztaba á aquellos pueblos, los zenetes fueron destruidos por los sanhagas, quienes con el nombre de *Al-moravies* (almoravitas ó moravitos) unos fueron partidarios de los Omeyyas y otros de los Abbases. Los zenetes á su vez habían tomado la revancha, y una comisión condujo á Córdoba la cabeza de Ziri ben Menad, enemigo de España, que fué colocada en lo alto de una torre. Los zanhagas antes vencedores eran ahora los vencidos. Boloquín hijo de Ziri fué nombrado lugarteniente de la Ifrikiya. Desde entonces comienza la dinastía *ziríe* ó *zeirita* (980).

Badís, nieto de Boloquín, con la mayor audacia se proclamó soberano de la Ifrikiya, y tuvo que defenderse de los ataques que le diera el señor de Fez, partidario de los Omeyyas de España. Un año apenas había trascurrido, cuando Zawi ben Ziri ben Menad, unido con algunos de sus hermanos conspiró contra su sobrino el nuevo amir. Los revoltosos celebraron con Felpul estrecha alianza, empero se vieron perseguidos con furor y ensañamiento por Hammad, hasta el punto de verse obligados á refugiarse en la montaña de Chunuán, desde donde Zawi acompañado de sus hijos, sobrinos, parientes, amigos y adeptos pasaron á España. Al-Manzor los recibió con especial benevolencia, y reunidos con los zenetes formaron una guardia adicta á su persona.



Entrada en la Vega de Granada.

Zawi ben Ziri estableció en Córdoba la autoridad de Suleimán, recogió la cabeza de su padre, y en premio de tantos servicios se le dió el señorío de Granada, donde colocó la capital de sus nuevos estados y el baluarte de su partido. Innumerables familias abandonaron las solitarias praderas de su país natal para trasladarse á las risueñas y poéticas márgenes del Genil y del Dauro.

El trono de Córdoba era el juguete de los ambiciosos y descontentos, pasando por todas las calamidades é infortunios de una monarquía decrepita y vacilante, donde el engaño, la traición y el asesinato fueron los únicos elementos de prestigio y firmeza de que disponía. Hixem III, nombrado por el Diván, era el último califa de Occidente; con este príncipe quedó extinguida la familia Omeyya (1036), y con Gehwar y su hijo el califato de Córdoba.

Los walíes se habían declarado independientes, y esta audacia los colocaba en la necesidad de abrogarse los derechos de regalia. Cada partido tenía su representante, y este jefe contaba con amigos y parciales. La corte de Córdoba había desaparecido de un modo vergonzoso, y sólo el nombre recordaba alguna que otra vez su pasado poderío y perdido esplendor. Por todas partes se había roto la cadena que enlazaba las diversas jerarquías sociales y administrativas. Los ziríes se hicieron dueños absolutos de Granada; los al-ameríes de Almería y Segura, extendiéndose por Murcia, las Baleares y Denia, donde residía Mugehid; los idrisíes ó edrisitas de Málaga; en Zaragoza mandaba Al-Mondhir y en Huesca y Tortosa dos parientes suyos. Por otra parte se veía á Mohammed Abul Kasim dueño de Sevilla, á Abdalaziz que reinaba en Valencia, Ismaíl en Toledo y Abdallá en las Extremaduras y los Algarbes. Estas diferentes soberanías con sus cortes y ejércitos, tenían señoríos dependientes de la corona, exigían impuestos, cobraban tributos y los más acuñaban moneda; eran verdaderas monarquías.

Todas ellas tuvieron su desarrollo, pero que más ó menos tarde marcharon en marcada decadencia. La sevillana temiendo que sus enemigos pudieran destruirla, quiso reunir una asamblea para implorar el auxilio y protección de los al-moravíes, que en el Maghreb habían hecho prodigiosas conquistas. Sólo Zagud de Málaga se opuso con la mayor energía, y Omar amir de Badajoz tuvo el encargo de llevar á debido efecto tan desagradable misión.

Los moravitos (Al-Morabetín) ó *al-moravies*, congregados para el servicio de Dios, propagaban sus doctrinas con la lanza y la espada. Capitaneados por Omar y luégo por su hermano Abul-Bekr se apoderaron de casi todo el Maghreb. Yuçuf ben Tachefin recibió el mando de las tropas y á la vez la esposa del caudillo, la bella y diplomática Zeinab. En las vertientes del Atlas trazó la ciudad de Marruecos, que vino á concluirse en el reinado de uno de sus hijos (1131).

En Fez recibió Yuçuf la embajada, y después de oído el consejo de doctores resolvió pasar á España. Cuatro veces distintas vino el monarca al-moravie, y en ellas se hizo dueño de todas las pequeñas monarquías; sólo Zaragoza á cuyo frente estaba Aben Hud, pudo sostenerse algún tiempo protegida por el castellano. Nombró para sucederle al príncipe Alí que era el menor de sus hijos, y murió en Marruecos cuando ya había cumplido los cien años (1106).

El imperio de los al-moravíes fué de poca duración. En África se había levantado otra secta, la de los *al-mohades*, que potente y victoriosa seguía las doctrinas de Al-Mehdi, y estaba capitaneada por Abd-el-Mumén. Los ejércitos al-moravíes fueron destrozados, llevando aquéllos sus victorias hasta Marruecos. Empero derrotados y dispersos por Alí ben Yuçuf, supieron rehacerse para

emprender la campaña de los siete años, que les dió la posesión del Maghreb.

No era posible que los moravitos pudieran sostener la lucha. Tachefin salió de España y la Andalucía se sublevó. Abd-el-Mumén mandó un cuerpo de tropas al-mohades, que apoyados por Ahmed ben Hud, se hicieron dueños de las pequeñas monarquías musulmanas que aun existían.

Los cristianos hacían marcados progresos en la reconquista; Abd-el-Mumén había bajado al sepulcro, y su hijo Abul Yakub después de algunos arreglos con los españoles murió en Santarén.

Yakub Al-Manzor bi Fadhl Alah, ofendido de la carta que le enviara Don



Batalla de las Navas de Tolosa.

Alfonso VIII, emprendió la guerra santa, que vino á decidirse en la famosa batalla de Alarcos, donde el castellano fué derrotado por haber faltado á sus compromisos los aliados. Y como de vuelta á Marruecos dejara de existir, su hijo Al-Nasír, llamado el *Verde*, publicó de nuevo la guerra santa, vino á España con grande ejército y suntuoso aparato. Empero Don Alfonso animado por el pontífice Inocencio III, aprestó su hueste, y en las Navas de Tolosa se dió una de las batallas más sangrientas que han narrado las historias (16 julio 1212). La victoria fué de los cristianos, y la Iglesia católica en conmemoración de esta hazaña extraordinaria celebra la fiesta de la *Santa Cruz*. El califa vencido murió envenenado en Marruecos.

Los nuevos amires sucumbieron unos en pos de otros. Abul Ali, llamado

Al-Mamún pudo aún sostenerse; pero los al-mohades le fueron rebeldes proclamando á Yaki ben Al-Nasir, que vino á la Península con poderosa hueste, y fué derrotado por los musulmanes españoles capitaneados por Al-Mamún.

La anarquía había llegado á su colmo, y la España islamita se vió aprisionada por dos valientes caudillos, Aben Hud y Al-Hamar. El primero, partidario de los Abbasyes, vino á sucumbir en Almería por la traición del alcaide Abde-rrahmán, mientras que el segundo, defensor de los Omeyyas, fué declarado por su tío Al-Nasir sucesor y heredero, y fundó el trono de Granada, donde vino á condensarse el poder de los musulimes españoles.

¿Cuántas calamidades no hubieron de sufrir los cristianos durante las luchas desastrosas con los musulmanes en España? Las conquistas de los árabes rompieron la unidad española y los conquistadores y los vencidos fueron siempre dos razas enemigas irreconciliables por su religión, usos, costumbres é idioma. La sangre vertida por la cimitarra agarena había corrido á torrentes, la civilización cristiana amenazada y perseguida, la esclavitud aherrojaba á los hijos de Jesús, y los pueblos latinos corrían inminente peligro. Todo conducía á sospechar, que muy pronto la media luna se apoderaría del Occidente por completo.

La victoria de Poitiers marcó el límite de aquellas devastadoras conquistas, que vinieron á afianzarse en España con la instalación del califato. Por fortuna las enemistades y continuadas revueltas de los hijos del Korán, sus defecciones y asesinatos, según hemos apuntado, habían preocupado á los principales jefes, los cuales no pudieron evitar que los príncipes cristianos aumentasen el número de guerreros y capitanes, extendiendo las fronteras de sus nacientes reinos. Estos monarcas olvidaron, más de una vez, su sagrada misión por rencillas de familia, que amenguaban su importancia y retardaban la anhelada reconquista.

En medio de aquella constante agitación durante los primeros siglos que siguieron á la invasión de los musulmanes, sólo la Iglesia de Jesucristo supo conservar con valor heroico su independencia y unidad, sin que le arredraran las víctimas y los mártires inmolados por su fe inquebrantable y su ardiente entusiasmo en la doctrina santa del Crucificado. De aquí proviene la superioridad del Romano pontífice.

En vano se dirá que los árabes midieron un grado de círculo terrestre, ó que resolvieron varios problemas de álgebra y geometría; que en astronomía, en física y en química estuvieron á gran altura, que hubo entre ellos filósofos y médicos profundos, oradores, poetas y políticos, que no faltaron músicos, y que, en fin, cultivaron con provecho cuanto en su tiempo se conocía y sabía. Toda esta riqueza, todos estos tesoros de la ciencia que buscaron entre las escuelas griegas y especialmente en Aristóteles, cuyos libros encontraron

traducidos al árabe porque ellos no sabían griego, fueron comentados con inusitada libertad.

Por otra parte, la religión del profeta hieló el corazón y seca el cerebro, porque en ella todo es aridez y muerte. Tuvieron que faltar á los preceptos alcoránicos para que en las mezquitas pudiera lucir la ornamentación y la riqueza de minuciosos detalles y delicados primores creados por su ardiente fantasía, que todos admiramos al recorrer los restos de estos palacios y mezquitas.



Batalla de Poitiers.

Lejos de nosotros dudar de las bellezas artísticas de los árabes, y aun mejor de los moros, durante su larga permanencia en España. Bellezas que más de una vez hemos contemplado en Zaragoza y Valencia, y, sobre todo en Córdoba, Toledo y Sevilla y en nuestra querida Granada. ¿En qué época comenzaron los sectarios del islam á fundar sus escuelas y madrizas en la capital del califato? Si los escritores españoles eran cortos en número y concisos en demasía, porque la grande empresa de la reconquista absorbía todo su sér, no por ello dejaron olvidados los apuntes históricos de indisputable mérito, los